

LA DIOSA DE FUEGO

Micaela llegó al cine para que los aficionados alejados se dieran cuenta de que Triana era capaz de parir estrellas de la canción sin bata de cola; capaces de investirse de heroínas variopintas, de meterse en la piel de un personaje del salvaje Oeste americano, de darle la réplica a un galán internacional de la talla de Stephen Boyd y ser tan exquisita como para ponerle voz y alma a la poesía de Lorca, Alberti o Miguel Ángel Asturias.

Micaela Rodríguez Cuesta nació y creció escuchando el compás de los tranvías frente a su casa de la calle Castilla (nº 127) desde un día de junio de 1935. Por su planta y mirada de diosa estaba predestinada para el arte, además su calle era un escenario palpitante de salada efervescencia; toreros, cantaores, cancionistas, cruzaban las aceras embriagando con su estela de triunfo, haciendo soñar a la juventud. Añadido el aprendizaje académico se presenta como cupletista con el nombre de Rocío del Carmen. En la compañía del Príncipe Gitano, realiza su primera gira. Cuando llega a Madrid queda cautivada del ambiente y decide quedarse segura de su éxito en la capital del espectáculo.

Un amigo la acercó a Bobby Deglané, el monarca de la radio cara al público en España. El locutor supo apreciar la elegancia, la belleza y el buen tono de voz de Micaela y le regaló una «k» a cambio de la vulgar «c» que portaba desde Triana (Rocío del Carmen pasó a la historia desconocida); además la hizo debutar en un legendario programa de alcance nacional titulado «Cabalgata fin de semana» en el que triunfó plenamente. Protagonizando el musical «Después del último cuplé» junto a Paco Valladares, el cine en constante caza y captura de nuevos rostros se fija en ella para interpretar pequeños papeles en títulos como *La gran pecadora*, con Carmen de Lirio, y *Aquellos tiempos del cuplé*, de Lilián de Celis.

Durante su primer viaje a Méjico, contratada por el empresario del Teatro Afro, participa en el rodaje de una película sobre la vida de Agustín Lara. Transcurría el año 1958 y ya la joven Micaela gustaba de seleccionar sus amistades. Su casa era visitada por personajes de la cultura y en una de aquellas reuniones entabló amistad con su paisano de barrio, el compositor Manuel García Matos, al que encargaría la dirección musical de un disco suyo que se grabaría en Madrid. Un proyecto posterior uniría de nuevo a los dos trianeros, fue otro «long play» grabado en Méjico y publicado para todo el mundo en Nueva York.



Aún era Rocío del Carmen.





El maestro Matos dirige a Mikaela.



El director Carlos Serrano de Osma propicia su primer papel protagonista en el que será el género predominante en su carrera; la película se llama *La reina del Tabarín*, consagrándose como actriz cantante dotada de condiciones para el melodrama y el género de aventuras. Siguió *Vampiresas 1930* del año 1961 y dirigida por Jesús Franco; *Las tres espadas del Zorro* y *Gringo*, ambas de 1962 y bajo las órdenes de Ricardo Blasco con música de Morricone (1963); *París-Estambul sin regreso* (1964), *Mademoiselle Maupín* (1965), dirigida por Mario Molognini; *Fin de semana con la muerte*, de Julio Coll (1966) y *Soluna* de 1967, sobre una obra de Miguel Ángel Asturias; son algunas de sus películas más interesantes, muchas de ellas rodadas en el extranjero en coproducciones o producciones de otros países. Anotemos algunos títulos más: *Agente 007*, *Dall' Oriente con furore*, ésta dirigida por un misterioso Terence Hathaway, y *La llamada de la muerte*, realizada en Méjico con la dirección de Antonio Orellana.

Hay que añadir que cada vez que pisaba tierra mejicana visitaba a españoles exiliados; de ellos fue el ilustre León Felipe su más querido amigo sin perder el contacto, también estimulante, con el Nobel Miguel Ángel Asturias, con quien mantuvo una relación de fructífero afecto pues fue quien le acercó más decididamente al delicado género de la recitación.

Su aire de misterio, su voz rotunda y melódica a la vez; su esbeltez y elegantísima figura adornada con unos profundos ojos negros, se hacen familiares para el público de numerosos países, y canciones como «La luna y el toro», «Río Manzanares» o «Frente al mar» sonaron por todos los rincones del mundo. Mikaela dedicó uno de sus discos a composiciones de Federico García Lorca, aprovechando un buen momento profesional y como homenaje al poeta granadino.

A fines de los años sesenta visita Roma donde había sido contratada para una serie de recitales, ocasión que aprovecha para entrevistarse con Rafael Alberti empeñada en ponerle voz a sus poemas. El encuentro se plasmó en disco con música de Antón García Abril, resultando un trabajo prestigioso y de gran calidad destinado a un público selecto, teniendo en cuenta que el poeta de El Puerto de Santa María era un exiliado político. Las inclinaciones artísticas de la trianera tenían un carácter de seriedad absoluta, lo que dice de su personalidad humana. Del primer encuentro de Mikaela con Alberti, en el mes de noviembre de 1969, quedó el recuerdo de unos versos dedicados a «la gran Mikaela de Triana».

La artista de la calle Castilla fue siempre buena guardadora de su intimidad, reservándose de la curiosidad de las revistas de cotilleo. En 1977 nació su única hija, también Micaela de nombre, este suceso fue un secreto bien guardado en la vida de la cantante-actriz, como lo solían ser sus proyectos cuando podía deshacerse de las

redes del cine comercial donde estaba atrapada. Su relación con las personalidades citadas y la influencia que ellos dejaron en sus afanes creativos, la fue alejando de los platós; después de la muerte de Fernando, su compañero y representante, y la existencia de su hija motivaron que Mikaela fuera arriando las velas de la nao que la llevaba de puerto en puerto, entregándose al sosiego que necesitaba.

LA REINA DEL TABARÍN

Obtuvo numerosos premios en su carrera, la mayor parte de ellos relacionados con actuaciones en radio y televisión, dentro y fuera de España, pruebas del cariño que fue cosechando y del reconocimiento a la calidad de su trabajo. Recibió el aplauso del público de toda Europa y América, pero el más apreciado galardón que conservaba era un poema que rezaba así: «Mikaela,/ la de color de avellana,/ la morisca, la gitana,/ la española sevillana.../ Mikaela,/ la de



León Felipe, en Méjico, con su alumna predilecta.



Ante Alberti en Roma.



Triana, artista porque le mana,/ y porque le da la gana.../ Mikaela, la de Triana...». Está firmado por un premio Nobel: Miguel Ángel Asturias.

Y ahora un recuerdo personal por el que pido excusas. La madrugada del Viernes Santo de 1991 colaboré en la retransmisión por «Canal Sur Televisión» de la salida de la cofradía de la Esperanza de Triana; tenía la misión de resaltar, cuando las imágenes lo propicieran, datos históricos así como anécdotas y referencias relacionadas con los lugares por los que habría de discurrir el cortejo de la célebre hermandad con sus veneradas imágenes. Y aunque la calle Castilla quedaba a trasmano de la ruta de la Catedral, hallándose el paso de la Virgen en el Altozano, lugar inmediato, quise

referirme a la citada calle olvidando el guión establecido para recordar con especial interés a Mikaela, de la que sabía que se hallaba en Madrid enferma. Transcurridos varios días y a través de un programa nacional de televisión, me enteré de su muerte —la noticia no se había publicado— ocurrida en un hospital pocas horas después de que yo la mencionara; padecía leucemia desde 1989. Su hermana, que acudió con la hija de la artista a aquella emisión, contó emocionada que había expirado estando su Virgen de la Esperanza en la calle (siete de la mañana del Viernes Santo) y después de que un locutor la nombrara con la imagen mariana, tan querida, en la pantalla de la televisión...

Murió la exquisita actriz, víctima del terrible mal cuando, después de operada, se encontraba con ánimo y deseos de seguir protegiendo y ayudando a su hija. Quizás por eso un año antes de su desaparición creyó oportuno presentar a Mikina durante una entrevista para *Semana*; las fotos de ella con la niña, una linda adolescente de trece años que aparece tocando el piano, es como un acto público de entrañable abdicación generacional...

